

## La traducción latina (\*)

JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

Nunca se hará resaltar como es debido la importancia pedagógica que tiene para el latín la traducción escolar. Sin ella no es posible el acceso al santuario de la cultura clásica. Es la llave para llegar a entender y apreciar la riqueza encerrada en los textos antiguos. Esto supuesto, es de gran interés aprender a traducir, y a traducir bien. ¿Y cuál es el método para hacer una buena traducción? No es posible dar una contestación categórica. Es un problema vital en el que entran en juego las facultades humanas; y los problemas de esta naturaleza no suelen tener soluciones del todo definidas. Con todo, hay normas, métodos, caminos, que ayudan en la mayoría de los casos a conseguir, o acercarse al menos, al ideal propuesto. Las orientaciones metodológicas que siguen no pretenden otra cosa. Tienden a facilitar en lo que cabe el arte de traducir.

La traducción tiene dos fases principales: *la inteligencia* del texto y *la redacción* en la propia lengua.

### 1. LA INTELIGENCIA DEL TEXTO

Ante todo, hay que llegar a captar de una manera segura y fiel el contenido del texto. Esto supone, a su vez, tres momentos o etapas sucesivas: la lectura, el análisis y el manejo del diccionario.

Sólo unas ideas normativas sobre cada uno de estos epígrafes.

#### LA LECTURA

A toda traducción debe preceder una lectura más o menos rápida del capítulo o párrafo en cuestión. El objeto de esta lectura es formarse una idea del conjunto y darse cuenta de la contextura de la frase. Esto es lo que se llama *lectura de síntesis*. Conviene fijarse ya desde el principio en el título o tema que encabeza el trozo de traducción. Esto sólo es suficiente para una orientación de tipo general.

Esta lectura, si se hace con cierta fijez, nos descubrirá ya de un golpe de vista si se trata de una

narración, de una descripción o de una demostración.

*La narración* encierra una serie de hechos. En ella las frases, como los hechos en la historia, *se empujan* unos a otros y se entrecruzan, como los actos de la vida humana, con partículas como *olim, tum, nunc, postea, et, immo*, etc.

*La descripción* recoge una serie de *cualidades*, rasgos físicos o morales de un determinado personaje o paisaje. También aquí las frases *se yuxtaponen* con cierto orden o criterio estético: exterior / interior, bueno / malo, ordinario / extraordinario.

Si se trata de una *demostración*, el período nos presentará una serie de *ideas* expuestas con cierta lógica filosófica o sentimental. Las frases, como las ideas, van también *encadenadas* entre sí. Una nos da la definición, la otra una prueba positiva, la de más allá una negativa, la que sigue un ejemplo comprobatorio, y así de las demás. Partículas como *enim, ut, quia, primum, non solum sed etiam, is qui, is ut*, etcétera, ponen de relieve las diferentes partes de la argumentación.

Es muy recomendable que la lectura la haga el propio profesor en la llamada *prelección*. En ese caso hay que estar muy atento a la puntuación y a las inflexiones de voz, que, si se hacen como es debido, ayudan mucho a entender el texto. Sobre este particular, el P. Manuel Jové, excelente maestro de latín, daba los siguientes consejos: "La traducción debe leerla el profesor antes de imponérsela a sus discípulos. Les dará luz sobre los puntos que por sí mismos no puedan sacar sin mucha dificultad. Les dará el sentido de alguna frase que tal vez no pueda bien traducirse a la letra y, en aquellos puntos en que se cumplan las observaciones que ya les haya hecho, advertirá que se fijen sobre todo si hay allí oculta alguna dificultad, para que se estimulen a descubrirla por sí mismos." (37).

Si es preciso, se repite una o más veces la lectura hasta dar con el contexto. Después viene *la lectura analítica*—frase por frase, palabra por palabra—, que sirve de base al ejercicio de análisis gramatical, tan provechoso en los primeros cursos.

Hay otra clase de lectura, *la lectura corrida*, de la que se ocupa Marouzeau en una de sus magistrales conferencias (38), lectura muy recomendable para un

(\*) Publicamos el segundo de los tres capítulos que componen la serie de "La traducción latina", original de JIMÉNEZ DELGADO, C. M. F. La versión completa de esta obra se recoge en la separata núm. 16 de las "Páginas de la REVISTA DE EDUCACIÓN", aparecida recientemente. La numeración de las notas a pie de página corresponde a la general de la separata.

(37) JIMÉNEZ: En *Helmántica*, 4 (1953), 43.

(38) MAROUZEAU: *Introduction au latin* (3.ª ed.), páginas 130-140. Belles Lettres. París, 1942. En el mismo sentido escribe PERRET en su *Latin et Culture*, págs. 29 y siguientes. Desclée de Brouwer, 1948.

conocimiento directo de la literatura, cuando ya se traduce con cierta facilidad. Mas de esta clase de lectura no nos ocupamos por ahora.

#### EL ANÁLISIS

a) *Nociones previas.*—El análisis no es tanto una ciencia cuanto una técnica. Su fin es llegar a darse perfecta cuenta de la estructura morfológica y del valor sintáctico de las diferentes frases y palabras, ya en sí mismas, ya en relación con las demás. El análisis supone un exacto y cabal conocimiento de la morfología, de la sintaxis y aun de la estilística y métrica, si se trata de clases superiores. El sistema de análisis varía según la clase de alumnos; pues una modalidad ofrece el análisis de los primeros cursos y otra diferente el de los últimos. Así como el texto de traducción debe ir graduado según la capacidad del alumno, de la misma forma debe adaptarse el análisis gramatical, métrico o estilístico, a las condiciones y conocimientos de cada grupo de alumnos. No debe olvidarse que el análisis es un *instrumento* para la traducción. En consecuencia, *en tanto* debe usarse de él *en cuanto* se necesite para ella. Si a la primera lectura se ha llegado ya a la perfecta inteligencia de la frase, huelga ya todo análisis gramatical.

b) *Orden del análisis.*—El orden del análisis, al contrario de lo que en muchas partes suele hacerse, debe ir del período a la frase, de la frase al sintagma, del sintagma a la palabra como integrante de aquella, de la palabra como parte de la frase a la palabra en sí misma; teniendo en cuenta que, si el período o cláusula se ha captado ya de *una manera segura y total*, no hay que bajar a los demás grados de análisis.

c) *La traducción mental debe preceder a la escrita.*—Hay que hacer una observación importante. No hay que escribir nada hasta tener la certeza de haber entendido bien toda la frase. La traducción mental debe preceder a la traducción escrita. Primero es entender la idea (*inter-legere*), luego expresarla. Hacer lo contrario será tal vez ahorrar trabajo a la memoria, pero contribuye a viciar el gusto literario, pues salen frases inconexas y giros bárbaros, que a la larga influyen desfavorablemente en la formación estética. El ejercicio de reflexión que supone esta medida hace que se graben más la idea y el giro latino, y esto es muy pedagógico. El fruto de una buena traducción se desprenderá de los puntos de la pluma como la fruta madura del árbol. También aquí tiene aplicación aquel dicho de Horacio:

“Verbaque provisam rem non invita sequentur” (39).

d) *Doctrina de Marouzeau.*—Sobre este punto insiste Marouzeau en su libro *La traduction du latin* (40): “Primeramente—dice—deben evitarse las *prisas en traducir*. Por un instinto perverso, casi diabólico, del entendimiento, el alumno se siente arrastrado de ordinario a traducir aun antes de entender bien el sentido del texto. Por una especie de automatismo y movimiento reflejo, tiende a pasar directa-

mente del enunciado latino al enunciado de su propia lengua, palabra por palabra. Pero hay que resignarse a pasar por un camino intermedio: el sentido. Y es que el proceso tiene dos tiempos: primeramente hay que pasar *de las palabras latinas al sentido*, después *del sentido a la expresión de la propia lengua*.

Mal se compaginan con lo que vamos diciendo algunas de las normas propuestas por don Adolfo Muñoz Alonso, en su *Gramática Latina* (41). En las páginas que dedica a la traducción, entre otras cosas, dice textualmente: “Tradúzcase *vocablo por vocablo*, salvando únicamente las concordancias o régimen ineludibles, y sólo cuando una versión literal pugne con la pureza o el idiotismo castellano, dése el giro que no desdiga del genio y amplitud de nuestra lengua.”

e) *¿Ordenación del texto?*—Poco después se pronuncia contra la *bárbara ordenación del texto latino*, o, a lo más, la tolera después de haber fijado la versión literal castellana. Con esa ordenación, que sigue lógicamente al análisis gramatical, dice él, que aparece “*desangelado*” (sic) el ritmo, la cadencia y la gracia de la lengua latina que “es de tal perfección y contextura morfológica y sintáctica que los vocablos de sus cláusulas sólo pueden admitir un puesto, sin aceptar relevo”. Pero entonces—pregunto yo—, ¿para qué necesitamos ya la ordenación gramatical, si con la traducción castellana hemos llegado ya a la meta?

Es que el señor Muñoz pone como base de la traducción esta norma, tan poco pedagógica por sus funestas consecuencias: “La versión castellana de un texto latino es *obra de intuición aguda* más y mejor que de recuerdo permanente y gravoso de reglas y excepciones morfológicas y sintácticas.”

No es éste el criterio de los que han escrito con más competencia sobre el asunto ni es esto lo que nos aconseja la experiencia de largos años de enseñanza. Oigamos otra vez lo que dice Marouzeau sobre este punto (42): “Hay que evitar—dice—las prisas por entender el texto. Hay que desconfiar del primer sentido que se ofrezca a la mente. Antes de aceptarlo, hay que procurar reunir todos los elementos necesarios para una buena interpretación. Nunca se debe suponer resuelto el problema y luego ir acomodando los datos a la solución. En otros términos: *hay que resistirse a la intuición*, que es el peor enemigo de la inteligencia y que en cierta manera es un indicio claro de atolondramiento. Nunca hay que pensar que ha de encontrarse en una frase *necesariamente* lo que en ella queremos encontrar. Hay que tener verdadero horror a la fórmula: “esto *debe de ser* lo que el autor ha querido decir.”

f) *Un librito de Carlos Rosset sobre el análisis.*

Hay un librito excelente del profesor Carlos Rosset (43), que orienta admirablemente sobre lo que ha de ser el análisis. En la primera parte recoge una serie de nociones para comenzar el análisis del latín y de las lenguas vivas, objeto de estudio en la ense-

(41) MUÑOZ ALONSO: *Gramática Latina*, págs. 108-09. Colección Epesa. Madrid, 1945.

(42) MAROUZEAU: *La traduction du latin*, pág. 14.

(43) C. ROSSET: *Traité d'Analyse*, pág. 64. Les Editions de l'Ecole. París, 1952. Es muy recomendable también un librito publicado en 1939 por el Instituto de España, con el título de *Análisis lógico gramatical*.

(39) HOR.: *Art. poét.*, v. 311.

(40) MAROUZEAU: *La traduction du latin* (3.ª ed.), págs. 13. Belles Lettres. París, 1943.

ñanza media. En la segunda parte expone con mucha claridad y precisión la forma de llevar a cabo el análisis de la frase compuesta, insistiendo en que se trata de un análisis gramatical, que no debe confundirse con el lógico. En efecto, el análisis gramatical se refiere a la forma de expresión; el lógico, a la concepción de la idea. Indudablemente hay relaciones mutuas entre el pensamiento y la expresión del mismo. En este sentido pueden ser muy útiles algunos trabajos sobre el análisis lógico, pero hay que insistir en que análisis lógico y gramatical son dos cosas diversas. Para no ir más lejos, piénsese en las múltiples formas de expresión gramatical que puede revestir un mismo pensamiento.

Para una orientación práctica sobre este punto, véase el libro de Marouzeau, *La traduction du latin*, citado ya anteriormente (44).

g) *Si es preciso, atacar por el flanco.*—A pesar de todas las precauciones tomadas y de todo nuestro esfuerzo analítico, bien puede suceder que tropecemos con un obstáculo insuperable para llegar al sentido: la elipsis de un verbo, un infinitivo histórico, una conjunción o una palabra polivalente, un acusativo de relación, un participio de sentido ambiguo, etc. ¿Qué hacer en estos casos? Obremos con astucia. Ataquemos por el flanco o por la espalda. Si el camino que antes tomamos nos llevó a un atolladero, tanteemos una nueva ruta. Si en un principio comenzamos nuestro análisis por el verbo, miremos si hallamos salida empezando por el sujeto, por el complemento, etc. Por lo demás, no nos olvidemos del contexto. Las frases anteriormente traducidas podrán darnos luz sobre el sentido de las que ahora tenemos entre manos. No descuidemos tampoco el manejo del diccionario.

#### EL DICCIONARIO

a) *Un estudio del señor Marín Peña.*—A este tema dedicó un ponderado estudio en la revista *Estudios Clásicos*, con observaciones muy atinadas, el catedrático señor Marín Peña (45). Se hace eco de la invectiva de Bourguet (46) contra los que se constituyen en esclavos del diccionario, abdicando por decirlo así de su personalidad, y aunque no comparte en todo su extremada posición, sí que condena con una frase muy expresiva de Bézard a los que traducen "a golpes de diccionario".

b) *No es ningún resolutor automático.*—Hay que crear en el escolar la convicción de que el diccionario no es ningún resolutor automático infalible. Hemos visto estudiantes que van tan ufanos al Examen de Estado porque llevan el diccionario debajo del brazo y luego salen tan satisfechos después de haber traducido una frase como "*quid dicam*", "qué al *proceso*". El diccionario no puede fallar—así opinan ellos—, y él les dice que "*dica, dicae*" significa "*proceso, pleito*". Total, que salen del examen con un suspenso por culpa del diccionario.

c) *Descripción patética de Perret.*—Perret, en su obra *Latin et Culture* (47), hace una descripción patético-cómica del escolar que, perdido en el inextricable laberinto del diccionario, viene a caer, por fin, en lo que Marouzeau llama "la aceptación serena del absurdo". "Eso no puede ser, no tiene sentido", dice el padre al hijo al repararle los cuadernos de clase. Y el muchacho responde con la mayor seriedad: "¿Qué sabes tú de estas cosas, papá! ¿No ves que esto es una traducción?"

d) *El diccionario, libro de difícil manejo.*—Indiscutiblemente, el diccionario latino es un libro de muy difícil manejo para el muchacho. De difícil manejo por varias razones:

1.<sup>a</sup> *Por su desatención.*—El estudiante, de ordinario, ve la palabra en el diccionario a la ligera. Tiene prisa y no se fija en las explicaciones o aplicaciones que la acompañan. ¡Cuántos errores por esta precipitación y falta de reflexión!

2.<sup>a</sup> *Por la disposición del diccionario,* generalmente en letra muy reducida, con un sinnúmero de abreviaturas en las que el muchacho apenas repara. ¿Qué muchacho tiene humor para aprenderse el encasillado de abreviaturas que figura en las primeras páginas?

3.<sup>a</sup> *Por la falta de criterio para dar con la acepción propia.*—Busco, por ejemplo, la palabra "causa", y encuentro en el diccionario "razón, motivo; pretexto, excusa; caso, título, derecho; negocio, proceso; objeto, tema, cuestión; partido político; interés, necesidad; origen, fuente, etc...". ¿Qué hace el muchacho, perdido en este *mare magnum* de acepciones? Posiblemente encajará una de las acepciones más inadecuadas al caso.

4.<sup>a</sup> *Por la limitación de los mismos diccionarios.*—No siempre podremos echar mano del *Thesaurus Linguae Latinae*, y aunque esto fuera posible, no es éste un diccionario recomendable a todos y en todo momento. Además, hoy, a pesar de los muchos volúmenes publicados, aún está a medio camino de su meta final. Los demás diccionarios, aun los buenos, han sido compilados a base de cierto canon y lista de autores. Muchos de los escritores, incluso clásicos, están completamente descartados.

5.<sup>a</sup> *Por la falta de preparación adecuada.*—De ordinario, los muchachos no andan muy fuertes en morfología. Los fallos, por otra parte, tan frecuentes en pretéritos y supinos, obligan a dar vueltas y más vueltas al diccionario para localizar la palabra. Este es para muchos el verdadero talón de Aquiles.

"El latín—dice García de Diego (49)—con una arquitectura elemental de cortos elementos frente a la opulencia griega, había forjado un monumento soberbio de impresionante sencillez. Con 300 verbos y una sencilla metafísica espacial logró representar, con una combinación de prefijos y sufijos, los abstrusos conceptos de las lenguas ricas. Con una economía lingüística admirable y primitiva, el latín creaba un sistema verbal desde los cimientos a las cúpulas, sin vanos ni adornos en que persistan todos los valores del espacio y del movimiento físico y en gradación ascendente

(44) MAROUZEAU: *La traduction du latin*, págs. 15-28.

(45) *Estudios Clásicos* I (1952) 263-273.

(46) BOURGUET: *Le latin. Comment l'enseigner aujourd'hui*, páginas 20 y sigs. Picard Ed. Paris, 1947.

(47) PERRET: *Latin et Culture*, págs. 50 y sigs.

(48) MAROUZEAU: *Introd. au latin*, pág. 141.

(49) *Estudios Clásicos*, I (1951) 133.

todos los grados últimos de la metáfora y de la metafísica.”

Y unas páginas después, el propio García de Diego, dejándose ya de retóricas y colocándose en la realidad de una vida dedicada con tesón a la enseñanza del latín, escribe: “Muchos creen que la enumeración de las palabras, sobre todo la enojosa adquisición acústica de pretéritos y supinos, es una preocupación superada ya, y yo pienso que *sigue siendo la clave del gran pórtico del latín*. Sin manejo de los tres temas no hay modo de dar un paso en firme en la conjugación y en la traducción... Los alumnos que adquirirían este dominio de los tres temas verbales eran los únicos que se movían con paso firme en la traducción” (50).

Don José Guillén, en uno de sus artículos en *Helmántica* (51), comprueba cómo de la raíz *leg*—de *legere*—salen por lo menos 106 palabras y una infinidad de formas gramaticales.

Ahora bien: muchísimas de estas formas gramaticales presentan una textura muy diversa de la que registra el diccionario, y en su búsqueda se expone fácilmente a naufragar el atolondrado muchacho.

6.<sup>a</sup> *Por el desconcertante cambio semántico de muchas voces*.—Se dice que el alumno español entra en el latín con un tercio del léxico aprendido. Ciertamente que gran parte de nuestro vocabulario entronca directamente con el latino. Palabras como *fábula, musa, cónsul, poeta, canto, amo*, son auténticamente latinas; otras como *lego, dico, ovum, rumpo*, ofrecen una diferencia fácil de apreciar. Hay, por fin, otras más alejadas del español, como: *filius, diligo, rota, tango, efficio*, cuyo significado nos lo descubren palabras castellanas con ellas relacionadas, como *filiál, diligente, rotación, tangencial, eficiente*.

Pero precisamente en ese mismo parecido de las palabras está el peligro. No siempre los vocablos conservan su primitivo valor semántico. Sin ir más lejos, obsérvese, por ejemplo, la diferencia entre el *diligo* latino “amar” y el *diligente* español “cuidadoso”.

El padre Cayuela (52) nota la diferencia semántica entre el *sub-levo* latino y el “sublevo” castellano. Trae el ejemplo del capítulo 54 del *De Catilinae Coniuratione*, en el que Salustio hace el parangón entre César y Catón. Entre otras apunta estas cualidades antagónicas: “Caesar dando, *sublevando*, ignoscendo; Cato nihil largiendo *gloriam adeptus est*”, y luego comenta: “El verbo *sub-levo*, en latín, conforme a su etimología, “levantar hacia arriba”, equivale a *ayudar, favorecer, prestar un servicio a otro, levantar a uno a mejor condición*. En castellano se ha olvidado el sentido de favor, borrado por una significación peyorativa de *levantarse airadamente contra la autoridad, insubordinarse*. En latín es un acto de virtud; en castellano, una acción vituperable.”

El padre Restrepo en su *Semántica* (53) hace notar cómo no siempre coincide la expresión de una misma idea en dos lenguas distintas. Y es que las palabras de dos diferentes lenguas no son como rieles por don-

de las ideas deban marchar en una dirección única, sino más bien como líneas aéreas o marítimas en que entra en juego la iniciativa del piloto. Así ocurre, por ejemplo, con las palabras latinas *do, dedi, datum*, cuya correspondencia con el español falla en muchísimas ocasiones, como puede apreciarse en el siguiente cuadro esquemático:

BIEN EN ESPAÑOL	MAL EN LATÍN
le dió fiebre,	<i>dedit illi febris</i>
da buenas esperanzas,	<i>res dat bonas spes</i>
le di mi palabra,	<i>dedit illi verbum meum</i>
dió con la carga en el suelo,	<i>dedit cum onere in terram</i>
me da pena,	<i>dat mihi poena</i>

Y así por el estilo otras frases, como “*dar de mano a un asunto*”, “*dar por terminado*”, “*dar la mano a uno*”, etc., etc. Y, por el contrario:

FRASE LATINA	GIRO ESPAÑOL
<i>dare poenas</i>	sufrir su merecido
<i>dare operam virtuti</i>	aplicarse a la virtud
<i>praecipitem se dare</i>	caerse de cabeza
<i>dare merita</i>	hacer favores
<i>hostem in fugam dare</i>	ahuyentar al enemigo
<i>dare tura divis</i>	incensar a los dioses
<i>illum in custodiam dedit</i>	lo metió en la cárcel
<i>dare se obvium</i>	salir al paso
<i>dare se in viam</i>	ponerse en camino
<i>dare laxas habenas</i>	soltar las riendas

e) *Y, sin embargo, el diccionario hay que usarlo*.—Es un instrumento de trabajo excelente y hasta necesario cuando se sabe utilizar. “Buen criado, si tiene buen señor”, podemos decir, remedando una frase célebre. Por higiene mental se impone regular su uso y tener en cuenta algunas cautelas que, por vía de ejemplo, quiero apuntar aquí.

f) *Cautelas para su uso*: 1.<sup>a</sup> *Impedir el uso prematuro del diccionario*, ya que para el muchacho el manejo del mismo tiene sus complicaciones. Es una selva, un laberinto intrincado, y se expone a perder mucho tiempo y gastar energías en balde. Por eso es práctico para los primeros años facilitar los términos en el mismo libro de traducción, ya en lista por capítulos, ya dispuestos en forma alfabética en lo que se ha dado en llamar *vocabulario fundamental* (54).

2.<sup>a</sup> *Insistir en la limitación y facilidad del diccionario* y en la necesidad de atender a los diferentes usos o acepciones de cada vocablo. Es defecto muy ordinario entre los muchachos echar mano del primer significado que encuentran, sin hacerlo pasar por el tamiz de la reflexión. Cuando se trata de nombres propios, hay que aconsejar mirar el diccionario. Así no se incurrirá en el error de tomar el *Pireo*, por ejemplo, como nombre de persona. Además, las indicaciones que el diccionario trae ayudarán a completar la cultura del alumno.

3.<sup>a</sup> *No dejarse llevar de la pereza ni fiarse demasiado del “ya lo sé”*. A veces no queda más que un recuerdo vago de que tal palabra ya salió y por abulia y dejadez no se alarga la mano al grueso volumen del diccionario para manejarlo y revivir el

(50) GARCÍA DE DIEGO: En *Est. Clas.*, I (1951), 137.

(51) *Helmántica*, 2 (1951), 224-225.

(52) CAYUELA: *Humanidades Clásicas*, pág. 564. Zaragoza, 1940.

(53) RESTREPO: *Diseño de Semántica General*, págs. 223-24. Libr. Voluntad. Bogotá, 1946.

(54) Recientemente ha publicado el señor ECHAVE-SUSTAETA su *Vocabulario Básico* (Ediciones Cefiso. Barcelona, 1953), que tiene algún parecido con el de LEITSCHUCH-HOFMANN, *Latínische Wortkunde*: “Fundamenta linguae Latinae”, Buchners Verlag. Bamberg, 1941, 2. Auflage.

recuerdo que late confuso en la subconsciencia. La pereza y la presunción son malas consejeras del traductor. El origen de muchos errores, fracasos y aun suspensos no tienen a veces otra explicación que el haberse fiado demasiado (55).

4.<sup>a</sup> A partir del segundo curso del latín, *enseñar el manejo del diccionario* y luego volver a insistir varias veces en clase y hacer prácticas de ello con los alumnos. Es la única manera de aminorar los daños que se siguen del uso del diccionario en los primeros cursos y que, por otra parte, resulta a veces imprescindible.

5.<sup>a</sup> Hay que recomendar desde el principio el cuaderno o *libreta de términos*, que venga a ser como el fruto y resultado práctico de este costoso ejercicio de que venimos hablando, y procurar que los términos registrados se vayan aprendiendo. Una revisión frecuente de la libreta de términos será para el profesor un buen índice de la laboriosidad y aun del aprovechamiento que va haciendo el alumno en la lengua latina.

El sistema de fichas que propone el señor Marín Peña lo encuentro poco práctico, pues aunque por una parte tiene la ventaja de facilitar el incremento sucesivo del léxico y acepciones, sin embargo, es muy poco pedagógico, ya que no se compagina con la psicología del niño, que por temperamento es ligero y atolondrado. Las fichas las perderá con facilidad. No tendrá paciencia para tenerlas en orden. En el mejor de los casos, le será engorroso llevarlas consigo para ir las aprendiendo o repasando a ratos perdidos y aun para completarlas cuando en casa o en clase prepara la traducción.

6.<sup>a</sup> *No cerrar el diccionario* hasta haber dado con el sentido que el texto requiere. Para asegurarse hacer una lectura global de la frase antes de comenzar a escribir la traducción. Conviene desconfiar de la traducción que tal vez nos facilite el diccionario. El diccionario, de ordinario, tiende a darnos el sentido de la frase, no siempre la traducción exacta. Toda traducción del diccionario debe someterse a la prueba del contexto y aceptarla o rechazarla según que se adapte o no al mismo.

7.<sup>a</sup> También puede suceder—dice Marouzeau (56)—que en la palabra buscada no encontremos ninguna traducción aceptable. Puede ser que efectivamente no exista; y en este caso nuestra lengua ofrece una laguna con respecto al latín. Puede ser también defecto del diccionario, que se limite a una gama de autores algo reducida. Un consejo para estos casos: *Miremos en el diccionario no sólo la palabra que hemos de traducir, sino también otras palabras de la misma familia*; quizá en alguna de ellas encontremos la traducción que necesitamos; así, por ejemplo, no hallo en *dictum* ninguna traducción adecuada; busco en *dictio*, en *dicere*, y allí encuentro una expresión perdida entre muchas otras: “tener el propósito, el plan”. Esta frase me sugiere la palabra que ahora necesito: “propósito”. En *trepidus* no encuentro más que “tembloroso, agitado”; pero en *trepidatio* descubro “alocamiento”, que me lleva a la significación de “alocado”, que es precisamente la que el texto requiere.

Este método parecerá muy lento, pero es el más eficaz, pues tiene por base la reflexión.

Con exageración palmaria, maestros, como el doctor Miral López, han llegado a decir que no entienden cómo un español necesita el diccionario para traducir el latín. Pase, dicen, que se valga de él un alemán o un inglés, pero que lo haga un español es incomprendible, ya que el español es el mismo latín modernizado o actualizado. Como hipérbole, pase la frase; como razonamiento pedagógico, la experiencia nos dice que carece de base sólida, y si algún interés práctico tiene esta idea es cuando se toma *cum mica salis*.

Y es que como escribía ya don Vicente García de Diego con gran acierto (57), “toda la enseñanza del latín en España tiene que ser un juego mixto de confianza y recelo... El parecido del latín es la sirena de todos los errores para el espíritu alocado de un niño. Hay que convencerle de que para huir del engaño acústico mental no hay más que una técnica segura, que es el método lento, costoso, preciso y sincero de todos los pueblos que han aspirado a una cultura honrada: el método de una preparación con codos rotos y con lágrimas amargas”.

g) *El latín no se traduce por intuición*.—Unos párrafos antes, el mismo ilustre catedrático previene al alumno y al docente contra la seductora facilidad del latín y la viveza nativa de nuestros alumnos, que crean a cada paso el tipo del traductor de oído, del zahorí de la traducción. Y termina con una idea que ya hemos expuesto anteriormente: “*El latín no se traduce por intuición. El latín es inadivisible. Hay que convencer a los ilusos de que es inútil usar de secretos mágicos para descifrarlo. El latín es inviolable. No puede dominarse atropellando casos y tiempos y confundiendo formas y partes de la oración.*”

## 2. LA TRADUCCIÓN DEL TEXTO

Hemos llegado ya a captar fielmente el sentido, tenemos la traducción mental; pero de ésta a la verdadera traducción, a la expresión oral o escrita del pensamiento del autor media todavía un abismo. Precisa ingenio y dominio de la propia lengua para vencer todos los obstáculos que a ellos se oponen. Las lenguas no siempre se corresponden. Hay, por ejemplo, gran diferencia entre el español y el latín.

El español, *lengua analítica*, sigue lógicamente el orden gramatical en la mayoría de las frases—sujeto, verbo, complemento—; por eso resulta tan claro y fácil de entender. El latín, *lengua sintética* y con recursos gramaticales especiales como son las desinencias y los prefijos, se presta a un orden o hipérbaton muy variable y de una mayor o menor expresividad en la misma ordenación de las palabras.

El buen traductor sabe captar el valor expresivo del hipérbaton latino y reflejarlo en su traducción, fiel a la fórmula de Cauer que debe regular la labor de todo buen traductor: “Tan fiel como sea posible, tan libre como sea necesario” (58).

El traductor no es más que un guía, un intérprete, un cicerone, que transmite al curioso turista la his-

(55) La intuición viene a ser una máscara de la pereza. Cfr. PERRET: *Latin et Culture*, pág. 37.

(56) MAROUZEAU: *La traduction du latin*, pág. 42.

(57) *Estudios Clásicos*, I (1951), 135.

(58) CAUER: *Die Kunst des Uebersetzens* (4.<sup>a</sup> ed.), pág. 13. Weidmann. Berlín, 1909.

toria archivada en las páginas del texto. Es el depositario de un tesoro que debe transmitir sin alteración. Por eso la cualidad fundamental de toda traducción es la *fidelidad*.

#### FIDELIDAD AL TEXTO

En torno a la fidelidad de la traducción se plantean una serie de problemas de interés metodológico. Vamos a abordar brevemente algunos.

a) *¿Fidelidad o elegancia?*—Hay quienes distinguen entre traducción fiel y traducción elegante como cosas distintas y casi antagónicas. Las dos pueden y deben ir juntas como buenas amigas (59).

Pues si la fidelidad consiste en reproducir en la medida posible todo lo que el texto contiene, y el texto de la traducción es uno de los llamados clásicos, de esos que no sólo contienen simplemente ideas, sino ideas bellamente expresadas, la traducción no será fiel si no es también elegante, bella, con las bellezas, no las que pone el traductor dejándose llevar de su fantasía, sino las que ya tiene el original, sabiamente captadas y artísticamente reproducidas.

b) *¿Son posibles varias traducciones fieles?*—Pero esta fidelidad de que estamos hablando no es obstáculo para la posibilidad de diversas traducciones sobre un mismo texto. No hace muchos años que el doctor Fernández Galiano lo hacía notar (60) a propósito de sendas traducciones de los Padres Apostólicos, la una de don Daniel Ruiz, en la B. A. C., y la otra del padre Errandonea, en Escelicer. Las dos ajustadas al texto, pero reflejando cada una el temperamento y la formación cultural de sus respectivos autores; prosa fluida, dilatada y jugosa la de don Daniel Ruiz; la del padre Errandonea, prosa exacta, académica, atildada. Las dos excelentes, las dos diversas.

Y es que toda traducción es necesariamente la expresión de una manera personal de *entender y de sentir* el texto. Y como el texto se puede *entender y sentir* de tantas maneras, de ahí la diversidad fundamental de traducir.

De hecho, a cada nueva lectura le parece a uno oír voces interiores, *ecos* no recogidos en su anterior traducción. Toda traducción es necesariamente limitada, parcial. Todo traductor, por bueno que sea, se ve obligado a renunciar a muchas de las riquezas del original. Un traductor genial sabrá reducir al mínimo los elementos sacrificados en su traducción.

Como de un paisaje o de un sujeto podemos obtener diferentes fotocopias, todas verídicas aunque entre sí distintas, así también de los textos literarios.

Pero, al traducir, la misma fidelidad exige cierta adaptación de fórmulas, sustituyendo unas partes de la oración por otras, amplificando ciertas expresiones demasiado densas, contrayendo o simplificando ciertas perífrasis típicamente latinas.

c) *Norma de Cicerón*.—La norma nos la da el propio Cicerón (61): "Ut ea quae dicamus intellegantur: latine scilicet dicendo, verbis usitatis ac proprie

demonstrantibus ea quae significari ac declarari volumus [sine ambiguo verbo aut sermone] non nimis longa continuatione verborum, no valde productis eis quae, similitudinis causa, ex aliis rebus transferuntur, non discerptis sententiis, non praeposteris temporibus, non confusis personis, non perturbato ordine."

d) *Fórmulas de transvase*.—El señor Echave-Sustaeta apunta la idea de la conveniencia de establecer un sistema de fórmulas de transvase a nuestra lengua para cada sintagma, tipo de enlace, frase latina, etcétera, que ofrece alguna resistencia a la traducción directa (62).

Esta idea está en parte realizada en tiempos en que en España se cultivaba el latín con más intensidad y eficiencia que ahora. Adolfo Muñoz Alonso, en su *Lengua Latina* (63), trae una larga lista de vocablos equívocos, sinónimos, refranes, sintagmas, abreviaturas, muy útil para todo el que se inicia en la traducción del latín, recopilada con acierto del *Arte explicado* y *Gramática perfecta*, de Márquez de Medina (64).

e) *Adaptación impuesta por la fidelidad*.—La adaptación de que venimos hablando la exige muchas veces la misma fidelidad debida al texto. Veamos algunos ejemplos:

1.º *Sujeto lógico*.—No siempre el sujeto gramatical es el verdadero sujeto lógico. Cuando César, por ejemplo, dice "Gallorum eadem atque Belgarum oppugnatio est", el genitivo "Gallorum" colocado al principio de la frase tiene una fuerza expresiva especial, que el autor trata intencionadamente de hacer resaltar. Es el verdadero sujeto lógico, y por esto la traducción más fiel sería: "Los Galos tienen la misma táctica de sitio que los belgas." Lo mismo cabe decir de giros como "sunt nobis mitia poma". El dativo es el verdadero agente, el verdadero sujeto lógico.

2.º *Casos de perífrasis*.—El latín es pobre en vocabulario. Tiene que recurrir a perífrasis que nosotros habremos de simplificar buscando una palabra exacta.

Así por ejemplo:

*rerum publicarum eversiones*, revoluciones.

*navium patiens*, navegable.

*pura ac emendata oratio*, la corrección del estilo.

*juvat me quod vigent studia*, el progreso científico me complace.

*facilis ad exardescendum*, inflamable.

*celeritas cui par ne cogitari quidem possit*, una velocidad fantástica.

3.º *Expresiones concretas*.—Es muy notoria la tendencia del latín a lo concreto. Entra en el genio del pueblo romano, cuyos orígenes son radicalmente rurales. Habrá que estar al tanto para resolver las expresiones concretas por palabras o giros abstractos. Así ocurre, verbigracia, cuando se emplea, por ejemplo:

α) En vez de la cualidad o dignidad, la persona que la tiene o la cosa que la simboliza: *pectus*, sentimiento; *me consule*, durante mi consulado; *a puero*, desde la infancia.

β) Un giro analítico, a base de sustantivo y adje-

(59) GUILLEMIN, en *Les Humanités* (classe de lettres), página 195, abril, 1941. Cfr. GUILLEMIN: *Sur quelques diffic. de la traduction*, R E L, 5 (1929), 187 y MAROUZEAU, R E L, 2 (1926), 185.

(60) Cfr.: *Emerita*, 16 (1948), 334-336.

(61) CIC: *De orat.*, 3, 13, 49.

(62) *Helmántica*, 5 (1954), 34.

(63) MUÑOZ ALONSO: *Lengua Latina*, págs. 84-105.

(64) MÁRQUEZ DE MEDINA: *Arte explicado y Gramática perfecta*, Ed. Garnier. París, 1891.

tivo, por un vocablo abstracto: *gratus animus*, gratitud; *res secundae*, prosperidad; *res gestae*, la historia (65).

γ) Un giro verbal con sujeto: Bene nosti "*quod sentio*", bien conoces mis sentimientos; "*quae velim*", mi voluntad.

δ) Un giro participial: *opus est consulto*, hace falta reflexión; *Sicilia Sardiniaque amissae*, la pérdida de Sicilia y Cerdeña.

ε) El adjetivo en forma neutra: *Si periculum est apud vos "vera" referentibus*, si hay peligro de decir "la verdad" en esta ciudad.

ζ) Hay, sin embargo, casos en que se emplean en latín palabras abstractas, pero con valor de colectivo concreto: *ubi "salutatio" defluxit*, cuando pasó "la ola de los que acudían a hacer el saludo matutino". Aquí aparece "salutatio" con el sentido concreto de "salutantes".

4.º Casos de hendiádis.—También es corriente el caso de la hendiádis, cuya traducción requiere de ordinario cierto ingenio y reflexión:

*ratio et doctrina*, enseñanza metódica.

*laudanda est fides et humanitas tua*, la fidelidad de tu afecto.

*civitate gentesque*, pueblos civilizados.

*ratio et diligentia*, actividad intelectual.

*inter custodias stationesque*, entre los puestos avanzados de guardia.

*intus domique*, en el interior de la casa.

*pacem amicitiamque firmare*, sellar una paz amistosa.

*ambitione ac foro procul*, lejos de las intrigas del foro.

*foeda acque ignominiosa deditio*, una rendición extraordinariamente infamante.

*religio et fides*, fidelidad escrupulosa.

5.º El caso de las metáforas.—Con metáforas que no encajan bien en la lengua de la versión, la adaptación puede lograrse de varios modos:

α) A base de fórmulas como "una especie de", "casi diríamos", "en cierto modo", para mitigar así la fuerza de la expresión metafórica. Por ejemplo:

*otium sine litteris mors est*, la vacación sin cultura es una especie de muerte.

β) Con metáforas equivalentes, como cuando la frase latina *ceras auribus obdere* la traducimos por "hacer oídos de mercader".

γ) Cambiando la expresión por otra equivalente. Por ejemplo:

*aurum et opes praecipue bellorum causae*, el oro y las riquezas, principal "fuente" de discordias.

δ) Por expresiones o idiotismos propios de cada lengua:

*domi militiaeque*, en paz y en guerra.

*pro aris et focis*, por lo más santo y sagrado.

*maiorum memoria*, en tiempos antiguos.

*intempesta nocte*, a altas horas de la noche.

*stricto gladio*, con la espada desenvainada.

*vir emunctae naris*, hombre de buen gusto.

(65) Sería instructivo tratar de reunir las diferentes acepciones de la palabra *res*, una de las de uso más frecuente en Latín, pero esta tarea sería muy prolija. Sólo en el prólogo general de *Livio* aparece usada esta palabra con los significados de *historia*, *tema* o *materia*, *nación*, *bienes*, *fortuna*.

#### 6.º Otros casos de adaptación:

α) Sustantivo por adjetivo y viceversa.—Esta adaptación es corriente en casos de hendiádis, como puede verse en varios de los ejemplos aducidos anteriormente; pero también puede darse en otros casos que no sean propiamente de hendiádis, tales como:

*cetera naturae mala*, los demás infortunios naturales.

*exercitus tiro*, ejército bisoño, ejército de reclutas.

*muliebri vestitu venit*, se presentó en traje de mujer.

β) Sustantivo por verbo y viceversa: *ut habeant quibus vendant*, para tener compradores.

*infans minor igne rogi*, niño demasiado pequeño para sacrificio.

*Octavia, natis salvis, orba sibi videbatur*, Octavia, aunque sus hijos vivían, se consideraba privada de ellos.

*satis habeatis animam retinere*, podéis estar contentos de conservar la vida.

*numquam facundiam exercui*, nunca ha sido mi profesión la oratoria.

γ) Sustantivo, adjetivo o verbo por adverbio: *ratione et via*, metódicamente.

*ad verbum*, al pie de la letra.

*consilio*, expresamente.

*invitus ipse fecit*, la hizo de mala gana.

*inscius*, sin darse cuenta.

*opportuni aderunt*, se presentaron a tiempo.

*maturat ab urbe proficisci*, marcha a toda prisa de la ciudad.

*ego te commendare non desisto*, te recomiendo sin cesar.

*divellere ac distrahere*, separar con violencia.

Ahora se comprende mejor el porqué de aquellas palabras de Cicerón que anteriormente hemos apuntado, las cuales, si bien se refieren directamente a la traducción con fines oratorios, tienen, sin embargo, aplicación a la traducción escolar. Dice Cicerón en el *De optimo genere oratorum* (66): "*Nec converti ut interpres, sed ut orator, sententiis iisdem et earum formis, tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis: in quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omnium verborum vimque servavi. Non enim ea me annumerare lectori putavi oportere, sed tamquam appendere.*" Como si dijera: "Mi idea respecto a la traducción de un original griego es que no se trata de dar numéricamente (*annumerare*) al lector todas las palabras, sino de dárselas a peso (*appendere*), es decir, después de madura reflexión, sin que pierda virtualidad la frase."

#### RESPECTO AL PROPIO IDIOMA

La traducción es siempre un afán, una inquietud, una lucha. El traductor se mueve entre dos barreras: la fidelidad al texto y el respeto a la pureza o casticismo del propio idioma. Por estos dos rieles tiene que avanzar, siguiendo el justo medio, sin salirse del autor, sin desentonar del genio de su lengua, como si se tratara de un texto de primera mano. No cabe aquí iniciativa de loca fantasía, ni flojedad o dejadez de estilo. Labor humilde si se quiere, pero profundamente educadora, por ser un ejercicio utilísimo de método y una demostración de probidad intelectual.

(66) CIC: *De opt. gen. orat.*, 5.

En el forcejeo que supone la traducción, para no vulnerar los fueros del propio idioma, el peligro y la dificultad radican en ocasiones donde menos se esperaba. Veamos algunos casos:

a) *A veces las frases cortas son las más difíciles.*—A veces las frases más cortas son las que ofrecen más resistencia a la traducción. En su laconismo llevan como acuñada una idea cuyo profundo y recóndito sentido resulta difícil desentrañar. Recuérdese el “*centerum nihilo ei pax tutior fuit*” de Livio (67), y más aún el “*sunt lacrimae rerum*” de Virgilio, que ha hecho gastar tanta tinta a los comentaristas (68). En Salustio y más aún en Tácito tropezamos a menudo con frases muy intrincadas de este tipo.

Tengo al alcance de mi mano el libro 21 de Livio. Lo abro y me sale la frase siguiente: “*Haec directa percontatio ac denuntiatio...*”, etc. (69). Aquí nos encontramos con una concisión desconcertante y una serie de características típicamente livianas: casos de *variatio*, *ceugmas*, *tendencia a lo concreto*... Todo ello dificulta la traducción de la frase al querer ponerla en castellano de buena ley.

b) *La frecuencia de participios.*—El uso tan frecuente en latín de los participios, con sus múltiples valores sintácticos, es otro de los grandes obstáculos que encuentra el traductor latino. Pongámonos, por ejemplo, ante esta frase de Livio (70), que no es por cierto de las más complicadas: “*castra propter aquam vallo circumdant, sua ipsi opera laboremque inritum, praeterquam quod hostes superbe increpabant, cum miserabili confessione eludentes*”. No será fácil que de buenas a primeras demos con una traducción que nos satisfaga. La que a continuación ofrecemos es fruto de cierta reflexión: “Se ponen a fortificar el campamento cerca del agua; pero la inutilidad de sus trabajos de fortificación (*operam laboremque inritum*) no solamente se la echaban en cara con altanería sus enemigos, sino que ellos mismos se burlaban confesando su desgracia (*miserabili confessione eludentes*).”

Así podríamos presentar infinidad de textos de los diferentes autores latinos, en los que los participios desempeñan un papel preponderante, dificultando la traducción a los que aún se hallan poco diestros en el manejo del latín. El preciosismo y densidad del estilo tacitano tiene como factor importante el uso del participio. Mugler ha estudiado la evolución de las construcciones participiales en griego y en latín y ha hecho notar que “la *polivalencia* del participio (y su consiguiente dificultad para la traducción) le viene en parte de su doble naturaleza nominal y verbal y en parte de su reducido volumen, con lo que él es capaz de expresar, permitiéndole penetrar así en tejidos sintácticos ya constituídos o crear nuevas posibilidades” (71).

c) *Procurar no desmembrar la frase latina.*—Otra de las grandes dificultades de la traducción latina es

la frase periódica. Algunos quieren que el período latino, de ordinario largo y sonoro, se vaya cortando en frases sueltas. Pero esto es desconocer la importancia que tiene el estilo en la personalidad de cada autor. Es un rasgo personal y una de las más acusadas características del mismo. Desentenderse de él es desfigurar al escritor. La norma, en términos generales, podría ser la que establece Laurand (72): “No resignarse a esta fragmentación periódica, sino a más no poder y de mala gana y sólo cuando uno esté seguro de que el período latino no se puede mantener en el propio idioma sin confusionismo o pesadez.”

En el mismo sentido se pronuncia Marouzeau (73). Resume su pensamiento en los párrafos siguientes. No hemos de desmembrar la frase latina, frecuentemente larga y rica en subordinadas, para desenvolverla en proposiciones cortas, por acomodarnos al principio extraño de “dividir” para traducir. Suprimir la subordinación es suprimir la relación entre las ideas y, por tanto, una parte del pensamiento del autor; con esto nos privamos de un procedimiento estilístico que es el mejor distintivo de algunos autores y de determinados géneros literarios... Ni hemos de alterar la disposición de la frase latina so pretexto de seguir la construcción gramatical, aunque naturalmente en esto no hemos de llegar al extremo de reproducir con un servilismo exagerado la disposición de la frase latina, pues el orden y disposición de las palabras están sometidos en cada lengua a leyes propias...

d) *¿Qué decir del orden de las palabras?*—Es cierto que no debe *copiarse* el orden de las palabras, pero sí que debe *interpretarse* y *traducirse*, pues tiene un marcado valor expresivo.

Existe en latín toda una ciencia y una *casuística del orden de las palabras* cuyas reglas esenciales están encerradas en estos principios:

1.º Tendencia a aproximar los elementos de un mismo grupo sintáctico y disponerlos según el orden lógico y gramatical cuando no ofrecen especial relieve.

2.º Tendencia a romper este orden por los procedimientos de *disyunción*, de *inversión*, de *contraposición*, de *encabalgamiento*, etc., cuando se quieren obtener determinados efectos de expresividad.

Por lo demás, es muy conocido de todos el principio de estilística latina de que el primer puesto y, sobre todo, el último de la frase corresponden a la palabra de más relieve, que de ordinario es el verbo. Quintiliano enuncia brevemente la regla: *Verbo sensum claudere multo optimum est* (74). Y poco des-

(72) LAURAND: *Manuel des Etudes Grecques et Latines*, página 815, vol. 3.º, VII-222. Edit. Picard. París, 1933.

(73) MAROUZEAU: *La traduction du latin*, págs. 65-69. Con todo no siempre será posible mantener la estructura de la frase latina. Piénsese, por ejemplo, en Tito Livio, cuya traducción ofrece especial dificultad, como hace notar Juan Bayet, uno de los que tal vez se han dedicado con más afán a este autor. En efecto, el período de Livio, de tendencia marcadamente retórica y oratoria, recargado de incisos y discursos que resumen largos documentos antiguos, con pasos bruscos del estilo directo al indirecto, dentro de una misma cláusula, hacinamiento de participios y frecuentes casos de *variatio*, resulta muy violento y antinatural en las lenguas romances, que tienden a fragmentar más los períodos y procuran evitar el estilo indirecto en dosis algo extensas.

(74) QUINT.: *Inst. Or.*, 9, 4, 26.

(67) LIV: 21, 2, 6.

(68) VIRG., *Aen.*, 1462; Cfr. CAYUELA: *En Helmántica*, 5 (1954), págs. 71-94.

(69) LIV: 21, 19, 1.

(70) LIV: 9, 2, 13-14.

(71) MUGLER: *L'Evolution des Constructions Participiales complexes en Grec et en Latin*, pág. 4. París, 1938.



pués continúa: *Initia clausulaeque plurimum momenti habent, quotiens incipit sensus aut desinit* (75).

Con todo, hay que procurar no ir en la traducción más allá de donde llegó el autor. Es ésta una cuestión muy delicada. Exige gusto, reflexión y práctica para captar los diversos matices y tonalidades que el texto encierra; conocer las intenciones, el estilo y la psicología del autor, y adivinar las ideas que sugiere el contexto y la misma disposición de las palabras.

Un guía excelente para esta delicada labor será el libro de Marouzeau *L'ordre des mots en latin*, recientemente publicado (76).

#### POR LOS FUEROS DE LA ESTÉTICA

La fidelidad al texto y el respeto al propio idioma deben armonizarse con los imperativos del gusto estético. No andan reñidas estas cualidades, aunque ciertamente se necesitará muchas veces ingenio para mantenerlas unidas. No debe descuidar este punto el profesor de latín, pensando que esto incumbe al profesor de literatura española. Esto exige la buena formación de los alumnos y la misma naturaleza del texto que se traduce.

a) *El texto clásico es una obra de arte.*—Un texto clásico es una obra de arte comparable a un cuadro célebre. Entre todos los personajes que deben figurar en él, el pintor establece jerarquías, guiado no precisamente por preferencias individuales o afectivas, sino más bien por el papel que cada uno debe desempeñar en la escena, teniendo en cuenta las circunstancias de ambiente y demás. De las innúmeras combinaciones posibles sólo una responde plenamente a la idea que él en su mente se ha formado.

Esto pasa también en la frase. Entre tantas y diversas expresiones que pueden reflejar el pensamiento de un autor, no hay más que una que corresponda exactamente a su idea. Será posible que al traducir no demos de momento con ella, pero ciertamente existe. El empeño del traductor es dar con esta expresión exacta.

(75) *Id.*: *ib.*, 9, 4, 29.

(76) MAROUZEAU: *L'ordre des mots en latin*, Belles Lettres. París, 1953.

Además, cada género literario tiene su estilo. Uno es el del latín literario y otro, muy distinto, el del latín conversacional. Dentro del latín literario uno es el estilo de la prosa; otro, el de la poesía. Y sin salirnos de ésta, una es la lengua de la poesía lírica; otra, la lengua de la comedia; otra, la de la tragedia, y otra, la de la epopeya. Horacio lo hace notar en su *Arte poética*, y con él todos los tratadistas (77). El traductor lo debe tener muy presente al realizar su labor.

b) *Atinada observación de Dámaso Alonso.*—Por eso no hay que desanimarse nunca. En ocasiones hasta es una ventaja esa limitación en que se mueve el traductor. La observación es de Dámaso Alonso (78). "Cuando leemos—dice—poetas extranjeros nos sentimos frecuentemente más a gusto que con los de casa, porque vemos más lo esencial y diferencial y apreciamos menos las triquiñuelas de oficio, la rutina, la huella de escuela... Diremos aún más: *las traducciones realizan muchas veces valores eternos y universales al disminuir los locales, técnicos y de época.*"

c) *Último consejo al traductor.*—Un consejo para terminar. Llevada a cabo la traducción, tomémonos la molestia de releerla, y a ser posible en voz alta. Esta lectura es necesaria por dos razones: porque nos permitirá afinar la frase según las exigencias del oído acostumbrado a la armonía y además porque así podremos dictaminar sobre el valor de la traducción en sí misma, independientemente del texto latino. El ideal debe ser que la traducción dé la sensación de un texto original sin ese mal gusto, envuelto en oscuridades y barbarismos, que acompaña a tantas traducciones como corren por esos mundos.

Fidelidad al texto, conformidad al propio idioma tal como hoy se habla y se escribe, sin esas fórmulas estereotipadas de siglos pretéritos, afán por mantener en vigor los cánones del arte, he aquí el nudo gordiano del traductor.

(77) Cfr. J. COUSIN: *Les études latines*, págs. 59-68. París, 1954. Este manualito puede ser muy útil a cuantos tratan de iniciarse en los estudios latinos. Entre otros puntos prácticos, se ocupa detenidamente de la técnica de la traducción y de la versión latina.

(78) DÁMASO ALONSO: *Poesía Española* (2.<sup>a</sup> ed.), pág. 554. Madrid.